

El arte es emoción

Xabier Obeso

El arte es emoción, ¿hay algo más elocuente y rotundo que el arte, para hacernos sentir nuestro extremo divino?

El arte es el vehículo que une la razón con la emoción... o mejor dicho, el que estimula el sistema emocional. Si la razón la consideramos nuestra parte más pragmática, más terrenal y más humana, la emoción sería la más espiritual, la más divina. Así que, si consideramos que el arte es nuestro mejor vehículo para llegar al "corazón", es decir, de conectar con nuestra divinidad, podríamos decir que el arte es imprescindible para la humanidad. El objetivo del crecimiento es y ha sido a lo largo de la historia, alcanzar la divinidad que está oculta en nuestro interior. Ser más divinos y menos humanos, aunque sin negar nuestra "humanidad", pero sí dominarla, para que la espiritualidad tenga, al menos, el mismo espacio y protagonismo. Ambas son imprescindibles, y conseguir el equilibrio, es lo más difícil.

La neurociencia ha corroborado lo que la intuición a lo largo de la historia venía diciendo, y es que las funciones de los hemisferios cerebrales marcan la personalidad, en función de la preponderancia de uno sobre el otro. El hemisferio derecho es el que se encarga del amor, la creatividad, el arte, la intuición y la espiritualidad. El izquierdo, es el defensivo y ejecutivo. En él están la ciencia y la intelectualidad, la fuerza, la determinación... incluso, la agresividad. Sin él los proyectos no se materializan. El izquierdo no es empático ni tolerante... salvo que con ello vaya a conseguir un beneficio. Me atrevo a decir que el hemisferio izquierdo está asociado a

lo instintivo y al mal (entendiendo este como aquello que genere perjuicio a uno mismo o a los demás). El individuo ideal, sin duda, es el que más potenciados y equilibrados tenga ambos hemisferios.

El arte no se puede ni explicar, ni enseñar, ni hacer. El arte no se explica, porque el arte es emoción y este se siente y si no se puede explicar, tampoco se puede enseñar. Porque el arte es una experiencia personal, este tiene que ver con la persona, con su idiosincrasia y su estado emocional. Y por supuesto, no se puede hacer arte con fórmulas o recetas. No está en la mano del artista hacer arte, el artista solo favorece el canal para que las "musas" hagan su trabajo. Para hacer una obra de arte, esta debe de tener tres requisitos, que son: el QUÉ, el CÓMO y el ARTE. El QUÉ, es lo que el artista quiere contar. El CÓMO, es el lenguaje, la técnica, la composición, el color, la luz, los símbolos que el creador utiliza para expresarse, para explicar su historia. Con estos dos elementos, podemos obtener una buena obra, pero para que sea una "buena obra de arte", esta tiene que tener eso, arte, duende, magia, inspiración, o sea, que además de cautivar el intelecto, nos tiene que emocionar. Observemos que cuando un crítico hace una crítica, esta se reduce a la descripción de su técnica, su estilo o su semejanza con otros artistas... y todos sabemos que el que una obra tuviera todos los ingredientes que se han descrito en la crítica tampoco garantizaría una "obra de arte"; sería una buena obra, que no es poco.

La formación de un artista deberá de atender el aspecto técnico. Aprenderá todas las técnicas

y estilos, composición, color, iluminación, etc., para de esa manera utilizar la que mejor se adecúe a su propósito. También deberá adquirir una vasta formación intelectual y espiritual, pues cuanto más interesante sea el artista, más interesante será su obra. Además, y quizás lo más difícil, deberá cultivar la apertura de todos los canales que favorezcan la aparición de la inspiración.

“Reunir lo disperso y difundir la luz”, este aforismo, describe, a mi juicio, la actitud de toda persona que aspire al crecimiento personal. Reunir lo disperso, es decir, nutrirse del conocimiento universal, metabolizar e integrarlo y la riqueza acumulada, difundirla y compartirla con el mundo.

Toda obra de arte encarna la visión de su creador y revela a la vez un aspecto de la mente colectiva. El artista muestra sus visiones al espectador, haciéndole partícipe de sus ideas, siendo el mediador entre el mundo subconsciente y el consciente, pues toda imagen cargada de iconos y símbolos, conecta con el inconsciente colectivo. Es decir, el artista se convierte en intermediario entre el inconsciente colectivo y el espectador, mostrando de alguna manera lo

que C. G. Jung, llamó arquetipos. Los arquetipos son patrones emocionales y de conducta heredados en nuestro inconsciente colectivo y modificados por nuestra propia existencia y experiencia. Alguno de ellos son: la madre, el padre, la sombra, el héroe, el sabio, etc. Estos se expresan mediante símbolos.

Aunque Jung dice que la mera contemplación de un símbolo ejerce una influencia en nuestro inconsciente, sanadora y regeneradora, lo cierto es que este es solo la cáscara de la idea, su esencia solo puede reconocerse mediante la meditación. Solo esta lleva a la revelación y al conocimiento profundo. Olvidar ese conocimiento superfluo y muchas veces erróneo, para renacer en el hombre nuevo. Es la transición de lo profano a lo sagrado, el ingreso en la cueva iniciática, el retorno a la madre tierra, al principio y la esencia de las cosas, muerte y resurrección... y a partir de ahí, iniciar el ascenso al conocimiento universal, a la luz.

Teniendo en cuenta que el arte tiene ese carácter universal, el artista, o así es mi caso, debe elegir el lenguaje más inteligible para la mayoría de las personas.

